

tos e impulsos masivos, ni exceso sentimental ni anhelos de conquista del espacio y el futuro. Cuando la mirada se aleja de la cercanía no va a los confines del horizonte, no se extiende sobre la haz de la tierra antes de llegar al cielo, sino que va a él directamente.

Síntoma o símbolo—es lo mismo—de la adhesión del murciano a la tierra es la ciudad. Tema demasiado sugerente el de la ciudad para tocarlo a estas alturas. Pero no puede quedar sin decir que Murcia, bien distinta de las villas castellanas de *Unamuno* es, como ciudad inconcreta, fluente, sin casi existencia real. Apenas unas cuantas casas que no han podido resistir el impulso de abrazar la torre adorada y se apretujan en angostas y sinuosas callejas, sin anchas avenidas, de espaldas también a la conquista de la perspectiva que es futuro. Las otras, siguiendo los carriles y los azarbes se pierden entre moreras y naranjos, fieles y amantes a la tierra, con amor tanto que amenaza ser mortal. He ahí la entraña de los problemas que han de estudiar nuestros jóvenes e inteligentes arquitectos.

Nuestra huerta es, pues, con metáfora física, de una física sentimental, centripeta. Nos retiene cuando estamos en ella y nos llama desde lejos. Es la tierra—acaso sus tabullas de la Urdienca—que capta a Salzillo y le impide alejarse—no obstante las sollicitaciones de la Corte a través de Floridablanca—y da lugar a eso que tan acertadamente ha denominado *Sánchez Moreno* su «extraño aislamiento»; que cautiva a Villacis cuando en pleno éxito en Italia y Madrid, aun joven, a los 40 años, viene a Murcia casi accidentalmente y contra las protestas de su maestro, Velázquez, queda ya para siempre en su huerto de La Puerta del Toro; que, finalmente, a Ruipérez, triunfante en París como un segundo Meissonier, le hace señas a lo lejos, que él cree de la mujer amada, cuando en realidad son de la tierra madre que no se resigna a que su cuerpo

